

## CAPÍTULO I

### LA ESCASEZ

La economía para sacerdotes, religiosos y religiosas no es diferente de la economía para todos los seres humanos. Excepto, claro, porque los economistas rara vez hablan teniendo en cuenta la formación teológica del sacerdote, de las religiosas y de los religiosos católicos y su visión cristiana del mundo. Es la intención de esta serie de escritos cubrir ese vacío y contribuir a que las personas con sensibilidad religiosa tengan mejores elementos para analizar y discernir algunos de los problemas que padecen las sociedades contemporáneas, vinculados a la vida económica.

Comencemos con la escasez. El cristianismo es una religión de la abundancia, no de la escasez. ¿Por qué? Porque el cristianismo es, precisamente, una religión que se nutre de la Gracia infinita de Dios, a través de su Segunda Persona encarnada, Cristo. La gracia de Dios es abundante e infinita, como la fuente de la cual procede, el mismo Dios. El Antiguo Testamento nos habla del maná del cielo; el Nuevo, de la multiplicación de los peces, del agua que se convierte en vino, siempre en

una abundancia que es figura de la gracia y la misericordia infinita de Dios.

Ante eso, es obvio que un tema como la escasez resulte extraño. Tal vez no había escasez antes del pecado original. Sí, es cierto que los hombres moraban en el paraíso originario, en armonía total con Dios, «para trabajar», pero era un trabajo que no tenía mucho que ver con la pena del trabajo posterior. Tampoco es razonable suponer que nuestros primeros padres sufrieran pobreza, desnutrición o desocupación. ¿Será entonces la escasez un mal intrínseco del mundo al cual fuimos arrojados después del pecado original? No, si por «mal» se entiende propiamente la herida que ese pecado original dejó en el corazón del hombre. El hombre, sencillamente, se enfrenta con la naturaleza, una naturaleza física que es entre indiferente y hostil ante los reclamos de la naturaleza cultural que caracteriza al ser humano. El hombre no satisface sus necesidades como los demás animales, donde sus necesidades están satisfechas por plantas u otros animales, en el reino animal cuando de un bien X «no hay» lo suficiente, solo la lucha despiadada entre las diversas especies animales (o entre individuos de la misma especie) es la «solución». El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios –*Imago Dei* que no se perdió después del pecado original– tiene inteligencia, voluntad libre, y por ende cultura e historia. Desde la tribu aparentemente sencilla hasta las civilizaciones modernas de entramados más complejos, el hombre no encuentra los bienes que necesita y desea tal como si

fueran frutos que caen de los árboles. Ni las lanzas, ni las flechas, ni los talismanes, ni las vestimentas, ni el agua, ni nada, y menos aún el tiempo ilimitado para vivir los usos, costumbres y ritos de cada cultura, están allí «disponibles» como el maná del cielo. Sencillamente, NO están. NO los hay. Eso es la escasez. Y como solo Dios puede crear, el hombre tiene que transformar, aplicar su inteligencia y sus brazos para obtener un «producto» que satisfaga sus necesidades culturales. Y todo ello es escaso: escasos son los bienes que consumimos y escasos son los medios para producirlos (así como escaso es el tiempo del que disponemos en nuestra vida).

¿Es malo todo ello? No, en la medida en que hemos visto que, el ser humano, al ser «arrojado al mundo» es arrojado en parte al mundo como mundo físico creado, creado por Dios, que en ese sentido nunca puede ser malo (ontológicamente hablando), sino bueno, aunque escaso a efectos de las necesidades humanas que antes, tal vez, nos eran sobrenaturalmente satisfechas.

¿Es este escenario fruto de un péfido capitalismo? Ya tendremos tiempo de hablar del capitalismo, pero ya hemos observado que la escasez, como la hemos visto, es una condición natural de la humanidad, tal vez no sobrenatural, pero sí intrínseca a toda cultura humana, sea maya, sumeria, romana, incaica, mapuche, norteamericana, árabe o china. ¿Es esto fruto de que la riqueza «allí está» pero no está bien distribuida? No, porque ya hemos visto que «no está allí», aunque obviamente pueda haber males en la justicia distributiva.

Conclusión: la escasez como tal no es mala, y el cristianismo como tal implica la sobreabundancia de la gracia pero NO de los bienes que cada cultura determina como necesarios en el marco de su horizonte histórico-temporal. Claro, el pecado original implica que los problemas ocasionados por la escasez sean peores. Si dos santos estuvieran en un desierto y no tuvieran más para beber, si Dios no hace un milagro, ¿cómo morirían? Santamente. Se darían el uno al otro hasta la última gota de agua. Pero morirían. Cualquiera de nosotros, en cambio, moriría también, pero no tan santamente, sino que posiblemente nos terminemos peleando por la última gota de agua. Pero que el agua sea escasa no es el mal; el mal está en el corazón del hombre.

¿Pero entonces? ¿Cómo hacemos para minimizar la escasez? ¿Cómo hacemos para que alguien que tiene sed vaya a un grifo, abra la canilla y beba? El agua de la vida eterna ya la tenemos, e infinitamente, como regalo de Dios misericordioso. El agua de la vida natural, no. ¿Cómo hacemos entonces? De eso trata, precisamente, la economía. Ver el fenómeno de la escasez, no negarlo, ni condenarlo, es el primer paso.

## PROPUESTA DIDÁCTICA

### 1. Sumario

En este capítulo se ha presentado el concepto de «escasez» y se ha señalado la importancia que tiene una adecuada comprensión de la condición natural de escasez humana a la hora de analizar la acción de los seres humanos. Esta condición de escasez, obviamente, no niega la gran riqueza de bienes que existen en el orden natural. Sin embargo, en categorías aristotélicas, se puede afirmar que a la luz del horizonte cultural del ser humano, esta riqueza y abundancia del orden natural solo se encuentra en un estado «potencial» en el mundo físico, como si estuviera esperando de la agencia creativa humana (cultura) para actualizarse. El capítulo también ofrece las pistas para comprender la no contradicción entre la bondad ontológica del mundo en tanto creado por Dios y la condición natural de escasez respecto del ser humano.

### 2. Definiciones

#### 1. *Capitalismo:*

Sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción; de la libre creatividad humana en el sector de la economía (Juan Pablo II).

2. *Justicia distributiva:*

Dentro de la división clásica de la justicia, se entiende por justicia distributiva aquella que va desde el bien común a los particulares.

3. *Economía:*

Ciencia que estudia la acción humana en el mercado desde el punto de vista de las consecuencias no intencionadas de la interacción de oferentes y demandantes de bienes escasos.

### 3. Para reflexionar

1. ¿Qué idea de economía tenía antes de leer este texto? ¿En qué medida la lectura de este capítulo ha contribuido a modificar o confirmar esa visión previa de la economía que tenía?
2. ¿Por qué es tan importante no olvidar la noción de escasez a la hora de pensar en los problemas económicos? ¿Qué consecuencias cree que se siguen de no prestar atención o ignorar el drama de la escasez?
3. ¿Ha pensado alguna vez en este carácter bifronte de las nociones de escasez y abundancia respecto del orden natural y el orden de la Gracia?
4. ¿En qué medida cree que los problemas generados en el mundo post-pecado original agravan el drama de la escasez?
5. ¿En qué medida la noción de escasez es relativamente independiente respecto de la bondad o maldad moral de los agentes que actúan en el mundo?

6. Según el texto leído, las condiciones de escasez constituyen el escenario «natural» de la especie humana. ¿Qué opina al respecto? ¿Qué implicaciones se siguen de ello respecto de la distribución y redistribución de bienes?
7. Redacte con sus propias palabras un párrafo en el que explique la relación entre el principio de bondad ontológica del mundo creado y la situación de escasez natural de la especie humana (intente mostrar en qué medida ambas ideas no son contradictorias sino compatibles).



## Capítulo II

# LA DIVISIÓN DEL TRABAJO

Ahora que hemos visto el tema de la escasez, estamos en condiciones de ver la famosa cuestión de la división del trabajo.

Hay un interesante texto de Santo Tomás al respecto, al cual vamos a citar precisamente porque no era economista y nos puede dar una perspectiva más universal de la cuestión (el texto se encuentra en la *Suma Contra Gentiles*, libro III, c. 85.). Cuando está justificando la naturaleza social del hombre, dice: «El hombre es por naturaleza un animal político o social; cosa que ciertamente se pone de manifiesto en que un solo hombre no se bastaría a sí mismo, si viviese solo». Como vemos, hay allí una noción básica de que la autarquía –la no relación con el otro– incrementa el problema de la escasez, que es tenida en cuenta por Santo Tomás en el párrafo siguiente: «En razón de que la naturaleza en muy pocas cosas ha provisto al hombre suficientemente». Como decíamos en el capítulo anterior, «la naturaleza» alude seguramente a la naturaleza física creada por Dios, y que como tal es buena, pero que, en relación al ser

humano y después del pecado original, «...en muy pocas cosas ha provisto al hombre suficientemente». Y concluye: «dándole una razón por la cual pueda procurarse las cosas necesarias para la vida, como ser el alimento, el vestido y otras semejantes, para obrar todas las cuales no basta un solo hombre; por lo cual ha sido naturalmente dispuesto que el hombre viva en sociedad». Observemos: «para obrar todas las cuales no basta un solo hombre», esto es, hace falta una división del trabajo. «Por lo cual ha sido naturalmente dispuesto». Se puede preguntar, esto ha sido dispuesto ¿por quién? Por Dios, obviamente. «Que el hombre viva en sociedad», esto es, la sociabilidad del hombre está en estrecha relación (aunque no solamente) con su indigencia, con la situación de escasez a la que queda expuesto después del pecado original, donde entonces la cooperación de unos con otros, «para conseguir las cosas indispensables para la vida» se hace indispensable.

Por supuesto, en muchas sociedades animales existe también división del trabajo. Por supuesto, en una sociedad animal cada individuo se reduce a su rol en el grupo, mientras que en una sociedad humana cada ser humano tiene dignidad natural y derechos y deberes anteriores y superiores a la arbitrariedad del grupo, pero cuando esta dignidad y derechos son respetados forman parte esencial del bien común. Pero además, el ser humano, al tener una inteligencia y voluntad libre, heridas pero no destruidas después del pecado, es capaz de advertir las ventajas de esa cooperación social y actuar

en consecuencia, aunque, precisamente por el pecado original, su intelecto se nubla y su voluntad se deja arrastrar por el odio y sobreviene la guerra, donde las posibilidades de la división del trabajo disminuyen dramáticamente. Cabe aclarar, desde luego, que la guerra puede venir no necesariamente por el odio, sino por no haber advertido suficientemente las ventajas de la división del trabajo como medio para minimizar la escasez, y por ende, como decíamos la vez pasada, dos santos pueden morir santamente ante la escasez, pero no será el caso general, donde si no se ha previsto y provisto lo suficiente (más adelante analizaremos la relación entre prever y proveer) las personas medianamente tranquilas se convierten en sumamente bélicas. Y cabe agregar, también, que en culturas donde se exaltan las virtudes de los guerreros, es hora que el cristianismo resalte las virtudes del trabajo y de la división del trabajo, para cuyo mantenimiento en paz se necesita mucha valentía.

Por supuesto, cuando las personas advierten las ventajas de la división del trabajo, no lo hacen necesariamente por la Gracia de Dios o por su santidad. Su inteligencia y su voluntad, heridas pero no destruidas, pueden advertir las ventajas de la división del trabajo y no de la guerra, no por un altruismo total, sino por sencillas relaciones de vecindad donde la división del trabajo y la cooperación con el otro ofrecen los beneficios de la conveniencia mutua. Ello es totalmente compatible con la santidad, pero también con la NO santidad, lo cual también es tenido en cuenta por Santo Tomás:

«la ley humana se establece para una multitud de hombres, la mayor parte de los cuales no son perfectos en la virtud» (*Suma Teológica*, I-II, q. 96 a. 2c). O sea que si un feligrés se lleva bien con el almacenero no solamente por buen corazón sino porque también sabe que el almacenero le puede llegar a ayudar en algún momento, y viceversa –si el almacenero atiende con delicadeza a un feligrés no simplemente por su bondad moral sino porque con ello puede asegurar que esta persona regrese a su almacén–, todo ello, después del pecado original, no sacará el premio a la mejor intención, pero en cierto modo no está nada mal, ¿no? Se trata de un marco de interacción que evita la guerra y permite la convivencia pacífica.

Por supuesto, estamos planteando las cosas de modo muy general. Por formación de hermenéutica de las sagradas escrituras sabemos que las culturas implican cuestiones siempre diferentes, pero no por ello es imposible cierta generalidad que tiene que ver con lo que Santo Tomás llamaría el conocimiento de las esencias de las cosas, que ahora aplicamos al plano social.

Veamos un ejemplo que puede resultar cercano y que permitirá entender mejor los beneficios de la división del trabajo. Si en la parroquia el sacerdote prepara por escrito la homilía y un laico la transcribe utilizando una computadora y la imprime, eso se denomina «ventaja comparativa absoluta por parte de cada uno».

Seguramente el sacerdote, por motivos diversos, puede tener poca productividad con la informática

(tipear muy lentamente, utilizando solo uno o dos dedos de cada mano, no advertir errores de tipeo, etc.) y seguramente el laico no tiene la formación adecuada para elaborar, preparar y predicar una homilía –podría ser exactamente al revés, que el laico tuviera talentos homiléticos y que el sacerdote fuera un excelente informático, pero sería raro–. En ese caso la división del trabajo entre una y otra persona, con el objetivo de lograr un mejor resultado conjunto (mayor «productividad»), resulta obvia.

Pero puede ser que el sacerdote sea igualmente capaz de preparar la homilía como de preparar la guía para la Misa del Domingo, pero deja esto último a un laico experimentado. Eso se llama «ventaja comparativa relativa»: aún en el caso de que uno sea capaz de realizar varias tareas, la productividad conjunta será mayor si aún en ese caso se dividen las tareas. Esto, tan sencillo para la vida cotidiana, es verdad para todo tipo de intercambios entre personas y entre naciones; pero veremos las dificultades adicionales de ello más adelante.

Hasta ahora, sin embargo, ha estado implícito un tema central: el comercio. La división del trabajo implica que nos sobra aquello que somos naturalmente aptos para producir, mientras nos falta aquello donde tenemos menor productividad. Por ello, valoramos entonces más aquello que nos falta, se puede decir que aumenta nuestra demanda de ello y viceversa; el consiguiente intercambio que se puede producir es la forma racional de minimizar la escasez. Sin embargo, todo esto

implica introducirnos en temas como la oferta, la demanda, el precio, el valor de los bienes, etc., que iremos analizando en los próximos capítulos. Por ahora observemos que el comercio, el intercambio de bienes y servicios, que da como origen al mercado, es una actividad humana esencial después del pecado original. Los animales no necesitan al mercado, ni Dios tampoco. Y es algo esencialmente bueno, porque todo lo esencialmente humano es bueno, dado que la naturaleza humana y su dimensión social han sido así creadas por Dios. Claro, y lo decimos una vez más, lo malo fue el pecado original, pero no la esencial división del trabajo y el mercado como salida pacífica, y no guerrera (violenta), al problema de la escasez. Claro que el mercado puede tener problemas morales, pero también el matrimonio o la política, actividades que igualmente, consideramos buenas en sí mismas aunque afectadas por el corazón del hombre después de la caída. Claro, solo una de ellas fue elevada a sacramento, el matrimonio. Es indudable, también, el reconocimiento que el pensamiento cristiano siempre ha tenido de la vida política como un marco que permite el despliegue de virtudes sociales que contribuyen a la consecución del bien común. Y este reconocimiento no se opacó por las críticas a los sistemas de gobierno totalitarios, lesivos de derechos fundamentales o la denuncia de la corrupción, auténtico flagelo en muchas formas de vida democráticas. Sin embargo, en lo que atañe a la valoración de la vida económica, los efectos civilizatorios y benéficos del mercado

como marco institucional, y del comercio como actividad intersubjetiva a menudo *han sido minimizados en algunas reflexiones cristianas* que se hace sobre ellos. En este contexto, el análisis y el discurso que se ha hecho sobre ellos se ha ido centrando casi exclusivamente en los peligros morales que se ciernen en la actividad mercantil y comercial. La encíclica *Centesimus Annus*, así como documentos más recientes como el del Consejo Pontificio Justicia y Paz, *La vocación del líder empresarial*, por señalar solo dos textos, han contribuido a corregir esta tendencia.

Pero con todo esto queremos decir que, por más que las formas históricas cambien, el mercado como tal no es fruto de la codicia, o un pecaminoso capitalismo, o de «los mercados» –como si fuera una fuerza impersonal de la que tanto se habla hoy–, sino una actividad humana natural y que resulta esencial para minimizar el problema de la escasez. El mercado debe ser concebido de este modo para poder luego dimensionar más adecuadamente sus problemas morales y pastorales. Sin embargo, si partimos de una visión negativa a priori del mercado, haremos lo mismo que hicieron, por ejemplo, los cátaros durante el s. XIII: cabe recordar que los cátaros tenían una visión maniquea del matrimonio, ahora muy superada. No hagamos lo mismo ahora con el mercado. En efecto, actualmente nadie se atrevería a poner en tela de juicio la riqueza de la vida matrimonial, a pesar de que se produzcan auténticos dramas de violencia de género o existan numerosos casos de infidelidad

matrimonial. Del mismo modo, *mutatis mutandis*, que las condiciones censurables de mercado que se produzcan en algunos contextos no nos lleve a hacer una condena absoluta que nos impida ver la riqueza básica de las instituciones de mercado.

Finalmente, la división del trabajo implica división del conocimiento. Después del pecado original, no se trata simplemente de enfrentarnos con una naturaleza física que es insuficiente para lo humano: lo que es fundamentalmente insuficiente es nuestro conocimiento. Pero ello no solo por defecto, sino por naturaleza: ya no estamos en situación de naturaleza elevada, sino caída y expuestos también a los límites de una «naturaleza pura» que como modelo de análisis nos puede servir: la inteligencia humana no solo es defectuosa por el pecado sino que además en sí misma es limitada, su modo de conocer es a través de pasos sucesivos. Por lo tanto, cuando dos personas se encuentran en una situación potencial de intercambio, lo que cada una sabe o supone o espera respecto de la otra resulta un conocimiento limitado, y estas personas se mueven además en un contexto de error e incertidumbre. ¿Cómo reducir esta incertidumbre?, ¿cómo acercar y armonizar expectativas diferentes? La respuesta a estas preguntas resulta fundamental para minimizar la escasez, y constituyen la clave de la economía como ciencia. A partir de esto se puede observar en qué medida la economía guarda una íntima relación no solo con la psicología –el estudio de las valoraciones, de las preferencias, de las

expectativas, los marcos comunicativos, los sesgos cognitivos, etc. enriquecen enormemente la comprensión del fenómeno económico—; sino también con la filosofía del conocimiento o gnoseología. En efecto, elementos como una adecuada comprensión del conocimiento humano, de su potencialidad y de sus límites, un análisis de los tipos de conocimiento, de la intersubjetividad como marco generador de las condiciones de aprendizaje, de los medios para reducir el error, de las condiciones que hacen posible aprender de la experiencia de y de los errores, y un largo etcétera, condicionarán enormemente el tipo de concepción científica de la economía que se posea.

## PROPUESTA DIDÁCTICA

### 1. Sumario

En este capítulo se ha definido y analizado el fenómeno de la división del trabajo como la unidad conceptual básica articuladora del fenómeno económico. La división del trabajo es un elemento fundamental de la vida social en cuanto que supone el despliegue de la vida comercial —es decir, de intercambio pacífico— que cristaliza en el mercado, como marco institucional de encuentro intersubjetivo mediante el cual los seres humanos intentan reducir aquello que veíamos en el capítulo primero: la escasez. La división del trabajo no debe ser concebida simplemente como división de actividades o

tarefas sino como división del conocimiento. Esto último reviste particular importancia en sociedades extensas, interconectadas e interdependientes –globales, en una palabra– en donde los avances tecnológicos han permitido potenciar las virtualidades del conocimiento humano. No en vano se afirma que vivimos en lo que se denomina «la sociedad del conocimiento».

Si bien el comercio y el mercado, en sus condiciones básicas, son algo tan propio de la naturaleza humana que se los puede rastrear e identificar en cualquier cultura, las condiciones que permiten la vida mercantil son muy frágiles. Articular y generar mercados cada vez más ricos y robustos, si se observa la historia humana, es algo que ha sido muy difícil de conseguir. Por ello, la existencia de los mercados no es algo que se deba dar por descontado sino que conviene no perder de vista lo delicado que es el que estos lleguen a existir. La historia nos enseña que resulta muy fácil dañar o destruir un mercado. Sin embargo, articular las bases institucionales que permiten a los mercados florecer es un asunto arduo y que exige grandes dosis de civismo y de rectitud moral para comprender que la agresividad, la guerra y la violencia no son medios adecuados para minimizar la escasez. Por ello, la división del trabajo y las consecuencias que se siguen de esta: el comercio y el mercado, suponen un factor civilizatorio y de mejora de las condiciones de vida que nunca debe ser dado por hecho.

## 2. Definiciones

1. *División del trabajo:*

La producción de bienes y servicios es generada por diversas personas según sus aptitudes naturales y su productividad.

2. *Productividad:*

Relación entre cantidad producida y tiempo para producir. Es inversamente proporcional. Cuanto más se produce en menos tiempo, mayor productividad.

3. *Ventaja comparativa absoluta y ventaja comparativa relativa:*

La primera implica que Juan es capaz para producir A y Pedro para producir B; la segunda implica que Juan es capaz de producir A y B pero es más productivo que deje a Pedro producir B.

4. *Comercio:*

Intercambio de bienes y servicios.

5. *Mercado:*

Intercambio de bienes y servicios en condiciones de incertidumbre, aprendizaje, propiedad y precios libres.

## 3. Para reflexionar

1. ¿Qué concepción de «los mercados» tenía antes de leer este capítulo y en qué medida la lectura de este capítulo ha permitido modificar o confirmar su concepción de estos?
2. ¿Ha pensado alguna vez en la «ventaja comparativa»? ¿Podría identificar escenarios de ventaja comparativa absoluta y relativa en su vida diaria?

3. ¿En qué consiste la afirmación de que los mercados son esencialmente buenos?
4. ¿Qué piensa respecto de que los mercados pueden constituir factores civilizatorios que disuadan de la violencia y la guerra?
5. ¿Cómo se relacionaría el llamado universal a la santidad con la posibilidad de que algunos seres humanos ejerzan su vida profesional «en los mercados»?
6. ¿En qué medida la división del trabajo puede ser afectada por situaciones de abuso y manipulación?
7. ¿Había visto antes el tema del conocimiento a la luz de la noción de división del trabajo? ¿Qué consecuencias puede pensar respecto de la división del conocimiento en sociedades complejas como las del siglo XXI?